

Y así, escéptica convencida de la imposibilidad de huir a la precedente fatalidad en que se bifurca nuestra posibilidad de acción donde puso su planta, clavó su voluntad heroicamente, sonriendo quizás, al comprender que de ella habrá de decirse siempre, como de la Belleza que inspira su Oda:

“Aunque el cielo te ignore,
El profano te niege
Y el infiel te repudie,
Eres perfectamente triunfadora
Sobre la indiferencia de los necios
Y la conjuración de los apóstatas!”

Mayo 20 de 1935

José Pereira Rodríguez

GLOSA DE MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA

María Eugenia Vaz Ferreira pertenece a aquella generación post-rubendariana con la que nuestro Arte cobró acento verdadero, después de un largo período de imitación, sobre todo de imitación de malos modelos españoles. Hasta Herrera y Reissig y hasta Rodó la poesía de nuestro país sigue fiel a la dependencia con España, concretándose este fenómeno como uno más en la cadena de vinculaciones étnicas, económicas, sociales, que fueron consecuencia natural del coloniaje. Fenómeno similar ocurrió en todos los países del mismo origen; hasta que Rubén Darío rompió este lazo y sus cantos nuevos quisieron decir algo propio, con alta pasión y alta personalidad. En el Uruguay el hecho ocurrió en la trascendente obra de Herrera y Reissig y también a través del decir limpio de Rodó. Sólo que la ruptura con lo español en estos dos creadores se hizo a expensas de nueva cultura, también extranjera —polarizada según el Arte y el Pensamiento francés. Se señalan en Herrera, sin dificultad, las huellas de lo francés — aunque, gracias al alto genio poético del autor de “Los peregrinos de Piedra” el acento personal toma aquí firmes e inolvidables tonos. Se señalan también en Rodó las líneas tendidas hacia el pensamiento francés, no sólo en los problemas y alusiones directas (recuerdo muy tenaz de Guyau y de Re-

nán) sino también en la estructura del pensamiento, muy cartesiano, en toda la obra de Rodó.

Pero, a partir de ellos, después de este acontecimiento importante, la liberación se hace su grave camino: a veces salen logrados acentos americanos, que hacen pensar en una secreta línea de tradición perdida: tal es el caso del poeta Juan Parra del Riego, creador de los Polirritmos. A veces salen logrados acentos personales, de profundo valor universal; es la poesía íntima de Parra, es el caso de Delmira Agustini, y el de María Eugenia Vaz Ferreira. Dijo de Delmira, Rafael Barret: "No copia, ni imita: crea". Tal es el secreto de los auténticos creadores que nos dicen de sí y que buscan heroicamente su propia expresión. María Eugenia Vaz Ferreira pertenece a esta categoría de creadores, y por eso su vida y su canto se han desenvuelto milagrosamente por caminos de libertad, por los que se hace difícil al público de curiosos fariseos o al crítico académico, seguir las sagradas huellas.

Era mujer de cara expresiva y profunda, de mirada segura y firme hacia adentro, con un ceño austero y una boca caída y dolorosa en contraposición con la risa fácil, y de alta música; con la voz serena y melódica; y con un paso suave, lleno de majestad y de gracia, — paso con el que María Eugenia vagaba, dando siempre la impresión de que —sin prisa— se desplazaba en rara atmósfera de ensueños, por caminos que iban hacia adentro. Así fué lo extraño de su figura, la aparente contradicción y gracia de su figura: por un lado, entrega fina y generosa a la Amistad, al juego de la conversación, al forcejeo dulce y tremendo con las otras almas; por otro lado, vida vuelta hacia adentro, tenaz soledad, encierro heroico en sí misma. De esta contradicción interesante y activa nació seguramente la leyenda de María Eugenia considerada siempre como un ser paradójal y extraño: y si que lo era, sólo que en ella todo esto tomaba el color de una calidad tan fina y tan auténtica y de una libertad tan excepcional, que ese paso suave, esa voz melódica y ese silencioso dolor de la boca caída y trágica cobraron una fuerza solemne. Y esta dignidad y este misterio, esta cosa sola y estremecida se expresaron según dos caminos de milagro: *el canto solitario, de altísima calidad; el alma solitaria, de altísima calidad.*

Una mujer fuerte que alguna vez hacía pensar en las grandes figuras del Antiguo Testamento.

Evocándola, la veo como la primera vez en un humilde salón de clase de la Universidad de Mujeres. Me veo también toda yo llena de una emoción extraña de expectativa temblorosa: era mi

primer clase de literatura. Allí estaba María Eugenia, personaje casi de leyenda en el Montevideo de esa época — y toda la leyenda tocada de un tono de respeto y casi religiosidad en torno de ella... — Allí estaba María Eugenia; y de inmediato daba serenidad y sentido de fuerza y de pureza. Nos explicaba el valor de la Forma: con acento nuevo, en el que la fatalidad pedagógica no ponía su mancha, ella nos daba su lección viva. Recuerdo todavía como encontró, para feliz ejemplo, el canto de Delmira:

"Hace un tiempo que un alma ya borrada fué mía..."

A través de tan riquísima música, llena de vivas sonoridades sugeridoras, yo conocí la voz de María Eugenia. Sólo que nunca podré decir cómo era. Singularmente musical, llena de un encanto profundo en el que el silencio hacía sentir su verdadero valor. Tal era la inflexión, las pausas, la tonalidad de la voz de María Eugenia.

...Después, durante muchos años, María Eugenia siguió enseñando, y cumpliéndose en ella el milagro por el cual un poeta, en la cátedra, siguió siendo un poeta, pasando, —pura y limpia— por el torbellino turbio de la cosa pedagógica. Pasó con gracia sobre la información árida y opaca; pasó sobre los esquemas de la crítica académica: pasó sobre el limitado plan de los programas universitarios... Pasó cantando. Enseñando lo que es la Belleza pura, que atraviesa sobre todos los límites para vivir su sagrada Inmortalidad... María Eugenia fué toda ella una lección de nobleza y de gracia; tuvo severidad para juzgar todo lo que era mentiroso y vacío; tuvo generosidad para dar a todos el encanto de su alma y de su canción. Pero todo lo que tenía de generosidad para entregarse a los amigos lo tuvo de austero y cerrado silencio para huir de la publicidad, de la fama literaria, de la entrega sin intimidad. Y tuvo así un orgullo y una humildad ejemplares — severa lección pura y libre.

Esther de Cáceres

